Esa hora solemne

John Thomas MAWSON

biblicom.org

Índice

1 - La hora solemne anunciada por Jesús **3**

2 - Le es retirada la protección divina a Jesús **3**

3 - El desencadenamiento de las fuerzas del mal **4**

4 - La lucha entre la luz y las tinieblas **4**

5 - «La hora» solemne de la Cruz **5**

6 - «Crucificado en debilidad» **5**

7 - «Habiendo despojado a los principados y a las potestades» **5**

8 - La perfecta fidelidad de Jesús en el sufrimiento **6**

9 - El triunfo de Jesús **6**

10 - La victoria final de Cristo **6**

> «¡Ahora está turbada mi alma! ¿Y qué diré? ¡Padre, sálvame de esta hora! Pero para esto vine a esta hora» (Juan 12:27).
>
> «Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas» (Lucas 22:53).

1 - La hora solemne anunciada por Jesús

Medita estas palabras, alma mía, en presencia de Aquel que las pronunció. Ten muy presente que, a lo largo de los años de la vida terrenal del Salvador, hubo una hora llena de horror para él, una hora de la que huyó con total aversión y de la que habría escapado si hubiera habido otro medio, en el cielo o en la tierra. Era la hora del odio desatado de los hombres y del poder de las tinieblas.

2 - Le es retirada la protección divina a Jesús

Había recorrido un camino plagado de obstáculos, pero en todos sus caminos, Dios había pedido a sus ángeles que velaran por Él, y en sus manos estaba custodiado, para que en ningún momento «su pie tropiece contra ninguna piedra» (Lucas 4:11). Por mucho que sus adversarios le odiaran con un odio virulento, no pudieron hacerle daño. «Lo echaron fuera de la ciudad, y lo condujeron a la cumbre del monte sobre el que estaba edificada su ciudad, para despeñarlo. Pero él se fue, pasando en medio de ellos» (Lucas 4:29-30). Las mismas piedras que recogieron para arrojárselas se quedaron pegadas a sus manos asesinas mientras él «pasaba».

Ningún mal, ya fuera de los hombres o de los demonios, había podido atravesar el cordón angelical invisible, pero, en aquella «hora» solemne, esa protección se disipó. Un ángel del cielo le proporcionó socorro celestial en el huerto de Getsemaní y luego se retiró; entonces Él se volvió hacia sus enemigos y les dijo: «Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas» (Lucas 22:43-53).

3 - El desencadenamiento de las fuerzas del mal

Fue entonces cuando todas las fuerzas del mal lo rodearon por todas partes. Las olas se abatieron sobre Él, y ninguna voz se alzó para gritarles: "Hasta aquí llegaréis, pero no iréis más allá". La terrible cohorte que había buscado la manera de aplastarlo durante los días de su humilde servicio entre los hombres se alió contra él. Se soltaron las riendas que las contenían; nada las frenaba, y su furia extrema se abatió sobre él. Fue burlado, despreciado e insultado. Poderosos toros de Basán lo rodearon, devorándolo con la mirada como un león voraz y rugiente; los perros lo rodearon; una multitud de malvados lo rodeó. La espada, la fuerza del perro, las fauces del león, los cuernos de los búfalos (Sal. 22); todas estas cosas, en aquella hora temible, se aliaron contra su alma para destruirlo; pues destruirlo era destruir todo lo que era bueno, y derribarlo era derribar el mismísimo trono de Dios. De él mismo –ese Hombre solitario, el Nazareno– que en aquellas tinieblas no tenía ningún socorro, dependían todas las esperanzas de los santos, la confianza de la multitud de los grandes principados angelicales que no habían caído, la estabilidad del universo y la supremacía de Dios.

4 - La lucha entre la luz y las tinieblas

Nos detenemos en el odio de los hombres; no hemos visto ni conocido nada tan terrible como su odio hacia él; nunca, ni desde entonces, los hombres orgullosos se habían enfrentado a tal dulzura; nunca, ni desde entonces, el pecado se había dejado sin freno ante tal bondad, sin protección alguna. Pero ¿qué hay de la extrema maldad del diablo y de esos poderes espirituales espantosos y totalmente malvados que se rebelaron contra Dios, y cuya lista se menciona en el Salmo 22? ¡Qué poco sabemos de ellos! Demos gracias a Dios por saber tan poco; habríamos sabido mucho más si nuestro Señor Jesús no se hubiera enfrentado a ellas por nosotros; pero él, por su presciencia divina y universal, conocía todo su poder antes de entrar en aquella hora. ¿Es de extrañar que orara?: «¡Padre, sálvame de esta hora!» Pero cuán digno es de adoración eterna por esa consagración total de su alma que le llevó a decir: «¡Padre, glorifica tu nombre!» Tal era el fin supremo de su vida en la tierra, y fue para alcanzarlo por lo que entró en esa hora y la atravesó.

5 - «La hora» solemne de la Cruz

Fue la hora suprema en la que las tinieblas luchaban contra la luz para imponerse. Cuán implacablemente fue acosado en el palacio del Sumo Sacerdote, ante el Sanedrín, en el palacio de Pilato, ante el trono de Herodes; en el lugar llamado Gabata, en el camino del Gólgota, y finalmente en la cruz de los malhechores. Se nos permite oír su grito: «He sido derramado como aguas, y todos mis huesos se descoyuntaron; mi corazón fue como cera, derritiéndose en medio de mis entrañas. Como un tiesto se secó mi vigor, y mi lengua se pegó a mi paladar; y me has puesto en el polvo de la muerte» (Sal. 22:14-15). «Libra, Jehová... Sálvame» (v. 20-21).

6 - «Crucificado en debilidad»

No hubo ni una sola arma en el vasto arsenal del mal –que Satanás y sus ejércitos habían preparado a lo largo de los siglos para este terrible conflicto– que no se esgrimiera contra él, el Enviado de Dios, para apartarlo del camino de la voluntad de Dios y hacerle gritar "no me someto" a la autoridad de las tinieblas. Sin embargo, él no renunció. Era luz por completo; las tinieblas no podían afianzarse en él. El príncipe de este mundo vino, pero no encontró nada en Él. ¡Señor bendito, santo y adorable!

7 - «Habiendo despojado a los principados y a las potestades»

Tras agotar todas las estratagemas de su malicia casi ilimitada, tras agotarse ellos mismos en su furia contra él, se sentaron a observarlo (Mat. 27:36): hombres y demonios, atónitos, desconcertados, derrotados, apiñándose a su alrededor. Los principados y las potestades estaban sometidos a Satanás, el gran jefe de todo mal, hasta tal punto que se había convertido en «el príncipe de este mundo» (Juan 16:11) y «el príncipe de la potestad del aire» (Efe. 2:2). Sus conquistas eran vastas y sus triunfos grandiosos; le bastaba con disuadir al Hijo de Dios de cumplir la voluntad de Dios para que sus victorias se coronaran de éxito eterno. Pero en aquel Hombre pobre y solitario, despreciado por el pueblo, abandonado por sus allegados y amigos, y abandonado por su Dios, encontró a su vencedor.

8 - La perfecta fidelidad de Jesús en el sufrimiento

Contempla a Jesús, alma mía; no dio ninguna respuesta, no dirigió ningún reproche a los hombres que se burlaban de él; si los hubiera maldecido, Satanás habría triunfado, pero su crueldad solo arrancó de su alma sufriente oraciones por la salvación de ellos. Se burlaban de él porque Dios no acudía en su ayuda en su extrema angustia; y hacer que renunciara a su confianza era el malévolo designio del enemigo, pero ni queja ni reproche se oían en sus gritos mientras derramaba su dolor ante su Dios, cuyo oído parecía sordo a la voz de su súplica. Sin embargo, seguía clamando: «Dios mío, Dios mío… tú eres santo… en ti esperaron… se encomendó a Jehová… Tú eres mi Dios… Fortaleza mía» (Sal. 22).

9 - El triunfo de Jesús

Así fue como triunfó y pisoteó a los enemigos de Dios al dejarse pisotear a sí mismo. Y como ningún poder del mal podía vencerle, pudo hacerse cargo del problema del pecado por los hombres pecadores y resolverlo para la gloria eterna de Dios, soportando Su justo juicio contra el pecado. Había sufrido por la justicia y por fidelidad a la voluntad de Dios, pero cuando se completó el relato de sus sufrimientos en este sentido, entró en profundidades infinitas y, en aquella hora más oscura, «por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros llegásemos a ser justicia de Dios en él» (2 Cor. 5:21). «Jehová quiso quebrantarlo». Ha puesto «su alma en expiación por el pecado» (Is. 53:10). Murió, y «por medio de la muerte, redujera a impotencia al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo» (Hebr. 2:14).

10 - La victoria final de Cristo

«El que vive, y estuvo muerto, y vive por los siglos de los siglos, y tiene las llaves de la muerte y del Hades» (Apoc. 1:18). Está «coronado de gloria y honra» (Hebr. 2:9). Será exaltado y alabado porque «Dios también lo exaltó» (Fil. 2:9), «verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho» (Is. 53:11) cuando la grandeza del triunfo de Dios a través de él se manifieste públicamente ante todo el universo. ¡Cuán glorioso es! Las fuerzas del mal han sido enfrentadas y vencidas; se ha dictado el juicio de Dios contra el pecado y se ha glorificado su justicia. «Redujo a

impotencia al que tenía el imperio de la muerte», y ahora vive para siempre.

No es de extrañar que sus santos se regocijen y canten:

> *«Bendigamos, al que a la muerte Venció,*
> *Muerto y victorioso,*
> *Vivió, murió y vive otra vez,*
> *Por mí, por su Iglesia y por ti»*